

Por qué no me simpatiza Freud

Gerardo Laveaga

Todo comenzó después de que una vecina recomendó a Idalia, mi hermana, que consultara a una psicoanalista. A últimas fechas, su hijo único comenzaba a mostrar conductas agresivas y ella creyó conveniente buscar ayuda profesional. La doctora sugirió que el origen de aquella rebeldía estaba en ella misma; en su falta de carácter, en la inseguridad que irradiaba y obligaba a su hijo a reaccionar. ¿Cómo arreglar el asunto? Defendiendo sus propios derechos. No había otro camino. Antes que su hijo, le recordó, estaba ella misma. La conminó, por ejemplo, a que nunca aceptara una imposición que lastimara su ego.

Fue así como mi hermana se negó a asistir a la cena de Navidad (evento que mi familia consideraba el más importante del año), si yo iba acompañado de mi novia de entonces, una joven cuyo estigma era tener una prima lejana que, muchos años antes, le había roto un cuaderno en la escuela primaria. “Si tú pudieras entrar un segundo, sólo un segundo en mi corazón”, me dijo Idalia, “y pudieras mirar el tamaño de la herida, comprender lo que yo sentí cuando me destrozaron aquel cuaderno, serías más cordial conmigo”. Dado que no pude entrar a su corazón, ni siquiera el segundo al que ella aspiraba, estalló el escándalo. Yo no me presenté a la cena y mis padres, por primera vez en veinticinco años, vieron incompleta su mesa de Navidad. Hubo lágrimas, ruegos, reproches. Idalia no transigió. Yo tampoco.

A partir de entonces, lo que había comenzado como algo divertido, como una oportunidad para que mi hermana revisara su propia vida, se trastocó en vértigo. Éste fue aderezado por la chifladura de Rubí, que era como se llamaba la psicoanalista, así como por la necesidad

que tenía Idalia de que alguien escuchara sus motivos y acabara dándole la razón. Era —¿cómo decirlo?— como si ella necesitara, de modo compulsivo, que alguien respondiera por ella; que legitimara sus actos; que se hiciera cargo de su vida. “Rubí dice que hice bien”; “Rubí no me dejó ir aquí”; “Rubí cree que voy por buen camino”...

El día que riñó con su suegra y buscó apoyo en su marido, en mi padre, en mi madre, en sus amigas y en mí mismo, sin encontrarlo, decidí que nadie la comprendía. Acudí a Rubí. Ella, previo pago, le dio la razón punto por punto: su suegra era una entrometida, una mujer sin tacto ¿Cómo se le había ocurrido insinuar que el vestido que llevaba mi hermana era de invierno y no de verano? ¿Qué sabía aquella “compositora de villancicos”, como la llamaba Idalia, del buen gusto para vestir?

Una semana después, su hijo le dio una trompada a uno de sus compañeros del colegio. Mi hermana adujo que el niño había sido provocado; sólo se había defendido. Pero era la quinta vez que lo hacía y la directora amenazó a Idalia: o lo educaba mejor o sería expulsado. Esto indignó a mi hermana. ¿Cómo se atrevía la directora a formularle aquel ultimátum? Ella era una madre modelo —había tomado el curso de esposas y madres que impartía el ESDAI— y ninguna directora de escuela que, por cierto, no tenía hijos varones, iba a darle lecciones sobre el cuidado que debía a su hijo. Consultó con su marido, con mi padre, con mi madre, con sus amigas, conmigo... Nadie le dio la razón. Volvió con Rubí. Apenas hubo cubierto sus honorarios, la doctora le concedió la razón, confirmando lo que ella ya suponía: se había quedado corta en su rabia. Su hijo tenía

derecho a defenderse y los otros mocosos debían estar agradecidos de que no les hubiera dado un trato peor.

Al mes siguiente, la vecina que recomendó a Rubí dejó estacionado su automóvil frente a la puerta del *garage* de mi hermana. Ella no pudo salir cuando lo intentó y, en cuanto se hizo de noche, se presentó en la casa de la mujer para insultarla. A juzgar por lo que me refirieron mis padres, fue una escena desagradable. Desagradable e innecesaria, pues la vecina ni siquiera había salido. Hubiera bastado con que Idalia tocara el timbre y le pidiera que retirara el automóvil. Cuando mi hermana, llorando, buscó simpatía en su marido, en mi padre, en mi madre, sus amigas y en mí, no la halló. Entonces se apersonó en el consultorio de Rubí quien, después de recibir su pago, la tranquilizó asegurándole que ella estaba en lo correcto. La vecina era una imprudente. No merecía consideración. ¿A quién, en su sano juicio, podía ocurrírsele dejar su vehículo estacionado frente a la puerta de una cochera que no era la suya? Nada le costaba haber dejado un mensaje o llamarle para decir que estaba en casa, que si mi hermana necesitaba salir, bastaba que le timbrara para que ella saliera a mover su vehículo. Idalia no tenía por qué adivinar que la arpía estaba en casa y podía salir a mover el automóvil en cualquier momento. Se había ganado a pulso los denuestos de mi hermana. “A pulso”, insistió la doctora.

Y así, como éstas, fueron decenas de ocasiones en que Idalia cometió arbitrariedades, atrocidades, y Rubí la apoyó. Con términos técnicos y análisis profesional, avaló uno por uno de sus arranques y zacapelas. Idalia dejó entonces de buscar el respaldo de su marido, el consejo de mis padres, la complicidad de sus amigas y hasta mis gentiles sarcasmos. Cuando le dije que, por la mitad de lo que cobraba Rubí, yo también podría darle la razón en todo, enfureció. Estuvo a punto de abofetearme. Adujo que Rubí era una conocedora, una experta; que yo, en cambio, no sabía nada. “Ella tampoco”, farfullé divertido. Esto bastó para que Idalia se echara a llorar. Luego supe que Rubí la convenció para que se sometiera a un psicoanálisis: “Así como el cuerpo necesita limpieza diaria”, le sermonó la psicóloga, “así también el espíritu requiere una desintoxicación a fondo”.

Las sesiones resultaron maratónicas. Mi hermana comenzó a descuidar, primero a su marido y luego a su hijo. Se pasaba mañanas y tardes escribiendo su vida y tratando de descubrir quién tenía la culpa de que la hubieran reprobado en matemáticas en la Preparatoria; de que no hubiera concluido su carrera de Derecho; de que no hubiera podido ingresar, como pasante, al despacho *White and Casey* y de que su hijo no hubiera ganado los concursos de piano a los que ella lo había inscrito...

Cuantos conocíamos a Idalia salimos mal parados en el ejercicio de introspección. Algunos, más que otros. Rubí la convenció de que había sido una adolescente

abandonada y, aunque, según yo recuerdo, era la consentida en mi familia, ella concluyó que todos, de un modo u otro, habíamos puesto “un granito de arena para echarle a perder la vida”. Ya nadie recordaba el día que mi padre llegó una hora tarde a recogerla de la escuela —explicación de que hubiera reprobado matemáticas en la Preparatoria—; de la negativa que mi madre había dado a un antiguo pretendiente suyo, ahora profesor de Bienes y Sucesiones en la universidad a la que asistía Idalia —causa inequívoca de que ella no hubiera concluido su carrera de Derecho—; del viaje que hicieron mis padres a Cancún —motivo por el que ella no fue aceptada en *White and Casey*— y, sí, del cuaderno que su compañera le había roto en la escuela primaria, origen de otros traspies.

Los datos más relevantes que sacó a la luz el psicoanálisis estuvieron vinculados con la cicatriz que mi hermana tenía en la rodilla y con su marido. La cicatriz era una marca insignificante que sólo se notaba cuando alguien ponía atención. Sin embargo, era la que le había servido de pretexto para no usar faldas cortas en su juventud y le provocaba una vergüenza inexplicable. Se la causó cuando tenía trece años, en un accidente en patineta: ¿Quién tenía la culpa de que hubiera ocurrido aquello? ¿Su galán de aquella época, que la invitó a la excursión? ¿Mi padre, que le dio permiso de ir? ¿Mi madre, que no se opuso con el suficiente vigor a que ella arriesgara su vida en aquella tabla con ruedas? ¿Sus amigas, que gritaban: “¡Más rápido!, ¡más rápido!”? Gracias al análisis de Rubí, llegué a la conclusión de que el auténtico culpable, el único al que podía reprocharle algo, era yo.



Christian Barthold, s/t

A pesar de que había prometido acompañarla a andar en patineta la noche anterior, se me pasaron las copas —a cualquiera le ocurre— y, al día siguiente, estaba crudo. No podía ir. Ni siquiera abrí los ojos aquella mañana. Rubí le hizo ver a Idalia que si yo no hubiera bebido tanto y la hubiera acompañado, habría podido advertirle que tendría un accidente en caso de no adoptar algunas precauciones. Ella habría atendido mi observación y su vida habría sido otra. Pero, claro, en mi egoísmo e irresponsabilidad, provoqué sus inseguridades, el hecho de que cortara con aquel galán, su negativa a salir con uno de sus pretendientes y otras desgracias.

En cuanto a su marido, Rubí acabó convenciéndola de que no era el hombre al que amaba —¿podía amar a un hombre que tanto daño le había causado?— y, por ende, no tenía que seguir compartiendo el lecho con él. “Y esto”, le advirtió la psicóloga agitando el dedo, “no lo digo yo, sino tú, en los textos que escribiste”. Le propuso que, esa misma tarde, hablara con mi cuñado y le reprochara todo aquello de lo que era culpable: a saber, del deterioro intelectual de mi hermana, del hecho de que hubiera empleado los mejores años de su vida cambiando pañales y lavando biberones. “Al toro hay que agarrarlo por los cuernos ¿no?”. Todo esto lo fui sabiendo por mis afligidos padres pues, en cuanto ella se enteró del daño que yo le había causado, había dejado de hablarme.

Lo que salvó el matrimonio de Idalia y mi propia relación con ella fue una riña con la psicoanalista. Rubí salió de vacaciones, precisamente cuando mi hermana acababa de ponerle a su marido los puntos sobre las íes,

y no sólo no estuvo cuando Idalia más la necesitó sino que pretendió cobrarle las sesiones no celebradas: “Todos tenemos derecho al descanso”, le espetó, “y las vacaciones, como puedes verificarlo en la ley, se pagan”. Mi hermana, temblando ante la desfachatez, le gritó: “No te daré ni un centavo por sesiones que nunca se llevaron al cabo”. Rubí le dijo que tendría que hacerlo pues, de otro modo, nunca lograría saber quién tenía la culpa de que su hijo no la quisiera tanto como debería quererla. Mi hermana explotó. Salió del consultorio trastabillando y llamó a su mejor amiga. A la *única* que le quedaba, para ser preciso. Ésta le recomendó que diera por terminada la relación con Rubí y, por asombroso que parezca, mi hermana estuvo de acuerdo.

Ayer fui a comer con mis padres. Hablamos de la espléndida reforma que el presidente Barak Obama está haciendo a los servicios de salud en Estados Unidos —una reforma que tiene a los grandes hospitales parados de pestañas—; de la lucha que el presidente Felipe Calderón libra en México contra el narcotráfico y hasta de los pininos que mi madre está haciendo con Internet... Cuando me despedía, ella me contó que mi hermana acababa de cambiar de psicóloga: “Necesita que alguien le ayude a superar todo el daño que le hizo Rubí”. Parece que la nueva doctora es aún más preparada. Se llama Esmeralda y, eso sí, cobra más caro. Estuve a punto de enviarle un mensaje a Idalia: que se dejara de ridiculeces. Pero me contuve. No quise que, con el paso de los años, algún psicólogo pudiera culparme de haber provocado la tartamudez de mi sobrino o la imbecilidad de alguno de los bisnietos de mi hermana. U



Carmen G. Huerta, s/t